



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval
Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

Reche Ontillera, Alberto; Souza, Guilherme Queiroz de; Vianna, Luciano José (Eds.).

Óscar González Vergara¹

Notas sobre la brujería medieval. Acerca de La Bruja de Jules Michelet

Note sulla stregoneria medievale. Informazioni su *La Bruja* di Jules Michelet

Resumen:

En este artículo nos introduciremos en el mundo de la brujería medieval de la mano de un autor del siglo XIX, J. Michelet, que en su obra *La Bruja* ilustra su interpretación acerca del origen y evolución de la brujería y de la bruja como sujetos de estudio.

Palabras clave:

Brujería; Edad Media; Michelet.

Riassunto:

In questo articolo vi presentiamo il mondo della stregoneria medievale secondo la visione di un autore del XIX secolo, J. Michelet, che nella sua opera *La Bruja* illustra la sua interpretazione sull'origine ed evoluzione della stregoneria e delle streghe.

Parole-chiave:

Stregoneria; Medioevo; Michelet.

¹ Licenciado en Historia (UMU, Itinerario de Historia Medieval) y Master en Arqueología Aplicada (UMU). Doctorando de Arqueología (UMU) y estudiante de Filosofía (UNED).

1. Introducción

Lo que mostraremos a continuación es una forma de entender el mundo de la brujería y la superstición medievales (tema por muchos autores ya tratado y desde muchas ópticas diversas)², tomando como referencia a un autor del siglo XIX, en concreto, de J. Michelet, historiador conocido sobre todo por sus obras sobre la Historia de Francia y de la Revolución Francesa. Por ello, excediendo lo que sería una reseña, proponemos analizar esta temática, la brujería, tomando como hilo conductor esta obra y este autor para, así, comentar aspectos generales y fundamentales acerca de la brujería medieval.

Sería este un tema que, como cualquier otro, permite al historiador o cualquier otro investigador social y humanístico ejercitado en el discurrir por el tiempo, analizar el paso de la Humanidad por el tiempo y el espacio a la vez que servir de problemática sobre la que contextualizar el resto de aspectos, no sólo los ideológicos, representativos de las sociedades humanas, y que se plasman directa o indirectamente también en el tema de la brujería. Proponemos, siguiendo con lo anterior, usar este tema para desentrañar algunas claves de la sociedad medieval³.

Para ello, tras unas aclaraciones generales acerca de la brujería, las supersticiones y la religiosidad popular, y su importancia en el Medievo, continuaremos con el comentario y crítica de *La Bruja* de J. Michelet y la forma en la que plasma la realidad de la brujería, así como su interpretación acerca de lo que fue, o mejor dicho cree que fue, este proceso. Terminaremos con unas consideraciones finales y una breve bibliografía. Empecemos.

2. Acerca de la brujería medieval. Cuestiones previas⁴

² Sirvan de ejemplo las siguientes obras: Caro Baroja (1996), Elíade (1977), Pérez (2010), Gluckman, Douglas y Horton (1991), Blázquez Miguel (1989), Donovan (1985), Cardini (1982), Murray (1978), y otros muchos autores clásicos y contemporáneos.

³ Nos referimos sólo a algunas claves vertidas en el texto citado pues, para una visión más profunda de la brujería y su relación con el resto de actores y temas, se recomiendan trabajos más monográficos, como los aquí vertidos, y otros más.

⁴ Además de por su introducción, el texto sobre la magia, la brujería y la superstición del occidente medieval de Franco Cardini (1982) destaca por su amplia bibliografía y, también, por una extensa selección de textos.

Antes de comenzar, deberemos dejar claros algunos conceptos y algunas reflexiones. Para poder adentrarnos en el estudio o análisis de un tema como la brujería y la superstición, debemos alejarnos de anacronismos, prejuicios y juicios presumiblemente racionales, pues ni la brujería en la Edad Media era cosa de ignorantes frente a un docto y racional saber verdadero de las cosas representado por los hombres de los monasterios y las universidades, ni era cosa solo de mujeres, predisuestas, al parecer, *per natura*, a lo simbólico, lo sentimental e irracional. No es la brujería en el medievo una religión, ni mucho menos un satanismo malediciente frente a la religión cristiana. Tampoco lo ha sido en ninguna época ya que por mucho que se quiera forzar la relación entre religión y magia en las primeras culturas y civilizaciones humanas, que la religiosidad se revistiera de magia no implica que la magia fuera religión. Y si en estos casos la magia era algo más que religión, era algo más también que superstición, como tampoco lo fue en el medievo. Ejemplo de ello es la matización que da Frank Donovan (1985: 9-10) cuando afirma lo siguiente al hablar de las brujas y del origen de la brujería:

“Su religión en la brujería, aunque suelen llamarla simplemente culto o la vieja religión (en Italia la brujería es *la vecchia religione*⁵; literalmente, la vieja religión). Tal como se practica en el siglo XX, la brujería es la expresión contemporánea de una antigua fe que antecede con mucho a cualquier religión moderna. Tuvo su origen entre los hombres paleolíticos de la Edad de Piedra”.

Así, por brujería entiende (y en parte se entenderá en todas las épocas) es el recuerdo y seguimiento de una serie de tradiciones, muchas de ellas religiosas, que proceden de los albores de la humanidad, y en caso de considerar a la magia una religión, habría de matizarse, entre muchas otras cosas, afirmando que fue la primera de las religiones. De todas formas, en este trabajo entenderemos que el componente religioso de la magia y la brujería, y no solo en el periodo medieval, es un elemento más minoritario. Es un fenómeno este, el de la brujería, que trasciende todas las épocas y todas las culturas, como la religión, y nos hace pensar hasta qué punto una es complementaria de la otra o si son variantes, en realidad, de formas distintas de adentrarse en lo sagrado y entender lo desconocido. En sus orígenes, religión, magia y ciencia estaban fusionadas pero con el pasar del tiempo se han decantado estos saberes llegando a tener connotaciones muy diferentes. En esta línea profundizaremos más adelante, pero invitamos a no olvidar las relaciones, tan íntimas, que la magia, la religión y la ciencia han tenido en casi toda la historia de la Humanidad (como refleja la “Historia de la Brujería” de Donovan (1985)), pues nos darán las pistas para poder discernir mejor qué era y qué no era la brujería en el medievo.

⁵ Las palabras en cursiva están presentes en el original citado.

Pero, ¿qué era realmente magia y brujería, por centrarnos solo en dos conceptos? El DRAE⁶, en su avance a la vigésima tercera edición, tiene como primera definición de magia, el “arte o ciencia oculta con que se pretende producir, valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, resultados contrarios a las leyes naturales”, y por brujería, el “conjunto de prácticas mágicas o supersticiosas que ejercen los brujos y las brujas”. Claro que éstas son definiciones actuales que no expresan lo que la magia y la brujería significaron en otras épocas. Recordando la obra de Donovan, invitábamos a no olvidar las relaciones primigenias entre magia, religión y ciencia. Franco Cardini (1982: 12), a la hora de hablar de la Cristiandad altomedieval y su relación con la magia, cita este pasaje de M. Romanello, donde distingue entre magia y brujería, y relacionándolo con la importancia que en el pasado se daba a cómo bajo estos conceptos se camuflaba una forma de entender el Universo, el Hombre y la relación de ambos:

“Puede decirse que, esencialmente, el mundo de la magia gravita sobre la fe en un universo homocéntrico en que la criatura humana es un microcosmos que refleja el orden de todo el universo, que, a su vez, es una proyección del hombre. Precisamente en este presupuesto se basará el enorme y complejo desarrollo de la magia culta, especialmente renacentista [...]. Algo bien diferente de esto es, qué duda cabe, la brujería, por lo menos en las formas asumidas en Europa [...]. Por encima de todo se trata de un fenómeno de gran difusión popular; incluso cuando se sirve de formas de magia práctica (como por ejemplo, toda la infinita serie de maleficios practicados para obtener un fin inmediato y concreto: riquezas, amor, curación, enfermedad) o ha perdido o no comprende el traspaís cultural o filosófico de la alta magia ceremonial”⁷.

Vemos cómo, ya para el contexto medieval, aún mezclándose magia/brujería con religión (pagana o cristiana) y ciencia, se empiezan a perfilar dos grandes ramas: una más racional, basada en la observación de las estrellas, la experimentación precientífica y la asunción de saberes racionales de los viejos sabios antiguos y la trasmisión mediante la escritura, como pudieran ser la antropología predictiva, la espagiria o la alquimia, y por otro lado una versión menos racional, mucho más empírica, basada en la transmisión oral. La variante culta es la que generalmente se llama magia y se considera arte racional practicada por hombres del saber, y la segunda variante, la popular,

⁶ Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

⁷ Los corchetes se encuentran así en el original citado.

considerada irracional, y usada sobre todo por las mujeres. Pero el propio Cardini (1982: 72), a la hora de hablar de la brujería, advierte que ésta, la brujería, que antes se vinculaba sobre todo con aquella vertiente popular y poco culta de la magia, no se diferencia tanto con la “alta magia”, ya fuera ceremonial o natural. Advierte que las brujas y brujos que pululan los ambientes paganos y en vías de cristianización realizan prácticas que a menudo recuerdan las de los magos. Pero todavía nos invita (Cardini, 1982: 72-73) a ver que existe forma de separar ambos saberes precisamente en la forma de hacer y entender sus prácticas, por ejemplo:

“[La brujería o magia popular] parece ceder el paso a formas de automatismo ritual basadas en el principio de causa-efecto y acaso residuos de anteriores y más elevadas y articuladas creencias deformadas por el choque con la cultura romano-cristiana y luego cristiano-germánica. La brujería no es un fenómeno ‘culto’ en sentido estricto [...] del término de cultura”⁸.

Recuerda el autor, siguiendo esta cita, que las brujas no tenía bibliotecas (siguiendo a su vez a Linn Thorndyke), es decir, que sus saberes no se transmitían mediante la escritura, mediante ese sagrado proceso, casi mágico, de aprender unos signos, su vinculación con los sonidos y conceptos usados en el habla, y por tanto, los saberes de las brujas son inferiores a los saberes de los magos y teólogos.

Así, uno de los grandes problemas a la hora de estudiar la historia y antropología de la brujería (sobre todo en las variantes populares de estos saberes mágicos) es que hay de irracionalidad, de saber paracientífico, de superstición, de supuestos demonios, etc., cosas que se nos vienen a la memoria cuando pensamos en una bruja, sus extraños rituales, su vestimenta, sus mascotas o sus medios de transporte. Y precisamente en este camino, en ver a la brujería como algo más que sombreros de pico, gatos negros y escobas voladoras, hemos de interpretar la propuesta de J. Michelet en su texto que tiene como objetivo, no del todo así expresado en el texto, analizar el surgimiento, evolución y “fin” de la brujería medieval, una brujería que, como también veremos, era más un saber científico alternativo al saber científico-religioso de la época (en muchas ocasiones vinculado con eso que llamábamos anteriormente como ‘alta magia’); un saber basado en la tradición, en la naturaleza, en el empirismo, en la praxis, y quizás por ello tan marcado de superstición y religiosidad, aspectos que le sirvieron de medio de transmisión sapiencial, no de meta. Continuemos.

⁸ Los corchetes no aparecen en el original citado.

Es cierto que en la brujería, o mejor dicho en la religiosidad y saber populares en general, sobrevivieron trazas de dioses y rituales antiguos, se aprovecha de fenómenos inexplicables y asombrosos, que parecen atraer más a las mujeres que a los hombres, pero en realidad, la única realidad, es que tras la brujería medieval se esconde, como refleja *La Bruja* de Michelet, otra forma de conocimiento, más ancestral; una forma de conocimiento que si bien no es mejor ni peor que el otro, el racional, el de médicos, teólogos y “hombres de ciencia”, sí es cierto que en muchos casos era un saber empírico, transmitido de generación en generación y en muchos casos mucho más útil que el considerado como saber verdadero de la época. Como decíamos, los elementos mágicos y esotéricos son el medio de transmisión, no el origen ni finalidad de esos conocimientos. Y si se asocia con mujeres es simplemente porque a menudo, en sociedades tan patriarcales como las medievales, era la única forma de conocimiento permitido para las féminas, el empírico, transmitido las más veces de abuelas y madres a hijas y nietas, que servían para limpiar las casas, para mantener el huerto, el rebaño y la familia sana, etc.

En todo esto hemos de tener presente el para qué sirve la religión y la magia, en cualquiera de sus variedades, y es precisamente la esfera de la búsqueda de conocimiento y el satisfacer necesidades psicológicas como la búsqueda de seguridad y consuelo, donde radicó y radica la utilidad y necesidad actual tanto de la magia como de la religión. Podemos aludir a un conocido texto de B. Malinowski (presente en castellano en Kottak, 2011: 319), que dice lo siguiente:

“Por mucho que el conocimiento y la ciencia ayuden al hombre a permitirle obtener lo que desea, son incapaces de controlar por completo el azar y eliminar los accidentes, prever el giro inesperado de los eventos naturales, o hacer que las obras humanas sean confiables y adecuadas para todo requerimiento práctico”.

La brujería se convierte en forma de religiosidad, de magia, pero también un saber alternativo, el único en muchas ocasiones al que podían acceder las gentes rurales, sin cercanía de médicos que eran más teólogos que científicos, o de barberos, que lo mismo te afeitaban que te quitaban una muela o te amputaban un miembro. Las brujas, y también los brujos, eran herederas de las tradiciones de siempre, del uso tradicional de las plantas para curar, de la interpretación del tiempo en los fenómenos atmosféricos y astrales, pero revestido todo ello de un halo de misterio y secretismo (como muchos otros saberes que se transmiten del mismo modo)⁹ que hacía que

⁹ Sirvan, como ejemplo, los gremios, muchas veces revestido de cierto secretismo, cierto saber críptico, tanto en el ingreso como en la formación y ejercicio de gran parte de las

muchas de las veces esas actividades precisaran recitar nombres en lenguas inteligibles, recordar a los dioses de la naturaleza, guardianes de la tierra, de la salud, protectores de personas, de cultivos, rebaños y casas. Pero en esencia seguían sirviendo a las necesidades, sobre todo psicológicas, del hombre medieval, tan rodeado de la incertidumbre, plagas, enfermedades, etc., y que, como hemos visto y seguiremos viendo, no eran necesidades satisfechas del todo por la religión y la ciencia oficiales.

Estos brujos practicaban, sin problema alguno, métodos paracientíficos para, por ejemplo, el diagnóstico de enfermedades, protección ante posibles sucesos, pero de la misma forma que en otras esferas siguieron existiendo métodos paracientíficos mientras la ciencia no demostró sus alternativas. Esta vertiente popular y “anágrafa” de la magia compartía rasgos y prácticas como la ciencia y la “alta magia”. Muchas de las diferencias son formales (uso de lenguas que no entendían, repetición de prácticas transmitidas, ley de causa-efecto) pero no la esencia o raíz con qué se usaban las prácticas. La práctica mántica, por poner solo un ejemplo, tan asociada a las brujas, no deja de ser en realidad el anhelo por vencer al destino, una vía de escape para las tensiones del alma, que muchos satisfacían consultando las cartas de una bruja, una tirada de dados de un brujo o la interpretación de las estrellas por parte de un astrólogo (práctica que se consintió sin problemas en las cortes), mientras que otros aspiraban al bienestar calmando su estrés existencial en los confesionarios. Ello sin olvidar que el mero hecho de la práctica clarividente era más una actividad oracular, algo así como sentar al cliente en un diván e interpretar manchas sobre folios, que la pretensión de desentrañar los misterios del futuro¹⁰.

Pero no nos engañemos pues en los monasterios y en otros lugares de ciencia y religión, se seguían recordando a los dioses de siempre, muchas veces camuflados en advocaciones marianas y santos, siendo la cristianización del Mediterráneo más la cristianización de las religiones locales que la expansión de una nueva religión. Un ejemplo recurrente en la literatura, científica y también la no científica, es la de relacionar al boticario monacal, por ejemplo,

profesiones medievales, sobre todo las artesanales, que usaban de medios tan “mágicos” en la época como hornos.

¹⁰ Con esto quiero llamar la atención sobre una funcionalidad que tanto ahora, como sobre todo en entornos menos científicos como los del pasado medieval, tenía una de las partes más importantes de la magia y la brujería: las artes adivinatorias. Precisamente, en entornos con poco conocimiento científico de la realidad y de los procesos psicofísicos, los distintos profesionales de las mancias hacían psicología popular, canalizando tensiones, miedos, frustraciones, mejorando la motivación, etc., aspectos estos que, de forma más inconsciente que consciente, mejoraba la salud y la predisposición vital.

vendiendo remedios entre los feligreses, remedios que podían ir desde cataplasmas para curar enfermedades, remedios anticonceptivos, saberes para aumentar la productividad del campo o, en época de crisis y epidemias, remedios, muchas veces basados en líquidos benditos o relacionados con los santos que servían a la vez de profilaxis y curación. Y en muchos casos, la forma en la que desde la ciencia oficial, la religiosa, se trataban esas enfermedades y se vencían las influencias malignas (no descartadas por la Iglesia), no diferían en demasía con las usadas con las brujas. Estas usaban velas, inciensos, aceites; usaban de la palabra para invocar a sus dioses y espíritus; solían congregarse con otros brujos y brujas y realizaban rituales en público y privado, muchas veces, entorno a una mesa, un altar. Los sacerdotes, como es sabido, incorporaban en sus elementos litúrgicos velas, incienso, líquidos (agua bendita y crisma); usan de la palabra para invocar a dios y sus intermediarios mediante oraciones y cánticos; y solían estar congregados, entre otros sacerdotes y los fieles, entornos a una mesa, un altar. Si las brujas están asociadas a una vestimenta especial, esta vestimenta distintiva también acompaña al sacerdote. Si la bruja a menudo usaba de lenguas extrañas en sus rituales, muchas veces los sacerdotes rezaban y cantaban en latín, lengua que no todos conocían. Otra vez, vemos las diferencias “estéticas” entre una magia masculina, “científica”, racional; y la popular, irracional y femenina.

Por lo que muchas de las críticas desde la ciencia oficial medieval hacia la brujería no son más que el rechazo de ser otras personas y sobre todo mujeres, las que ofrecían esos “servicios”. Si la mujer nacía con la mácula de ser siempre una eterna Eva y una eterna María Magdalena, es decir, pecadora, no hay pecadora más despreciable la que encima tenía conocimientos, saberes que se asociaron siempre a la esfera de lo masculino, y ellas, sino recibieron estos saberes por su naturaleza (son mujeres, no hombres) ni de dios (sólo las monjas podían saber parte del saber científico oficial), tenían que provenir esos saberes del Diablo, que se los transmitirían por posesión o mediante pactos y relaciones sexuales.

Por lo que, y con ello vamos ya finalizando este apartado, el ver en la brujería sólo el componente esotérico y mágico, así como el irracional y supersticioso, es negar a la Historia de la Ciencia gran parte de sus bases, pues sin las interpretaciones religiosas y esotéricas mesopotámicas, egipcias, pitagóricas, etc., ni las matemáticas ni la astronomía, por poner dos ejemplos, existirían como ciencias¹¹. Y sin los experimentos empíricos, más esotéricos que científicos, de los alquimistas medievales, no existiría la moderna

¹¹ Sirva de ejemplo, de esta *Historia de la Ciencia*, el texto elaborado por los profesores C. Solís y M. Sellés, titulado, precisamente, Historia de la ciencia, publicado por Espasa-Calpe en 2009.

química¹². También es faltar a la verdad pues, como se puede ver y aquí hemos señalado, otras esferas, muchas de ellas oficiales, recurrían con normalidad también a prácticas paracientíficas. M. Eliade (1983: 152) pone al alquimista occidental, en muchos aspectos teólogos que se convencían en trabajar con el concurso de Dios para terminar su obra, en el culmen de ese hombre hacedor, *homo faber*, que con el uso de la piedra, los meteoritos, el dominio de el fuego, la metalurgia y la alfarería, se alzó como ser capaz de participar de la creación divina a pequeña escala. Este alquimista del medievo occidental, y podemos poner aquí a representantes más modestos de practicantes de magia y saberes paracientíficos (brujas incluidas) suponen la base de un Ser Humano que, decantándose por las arenas del tiempo, ha llegado a ser hoy científico.

El fenómeno de la brujería es así, pues, complejo, pero analizarlos nos hace analizar los albores de la ciencia y el progreso actuales (de los que tan orgullosos parece que nos sentimos), y es básicamente por ello que, antes de entrar a la obra y cómo trata J. Michelet la brujería y las supersticiones medievales, hemos de volver a resaltar que éstas prácticas mágicas y brujescas son formas alternativas, empíricas y tradicionales unas y más “racionales” y oficiales otras, del conocimiento humano; un conocimiento que no ponemos aquí como verdadero, ni como falso, sino un conocimiento, a menudo el único accesible, que era un conjunto de sabidurías, enseñanzas, leyendas, prácticas, rituales, lenguajes, etc., que pretendían, como la religión o la ciencia, interpretar el mundo existente, las leyes que rigen el Cosmos, entender los problemas humanos, sus enfermedades, sus anhelos, etc., y, en último término, ofrecer una solución. Y la forma tan natural, filosófica, antropológica, casi literaria, en que lo plasma J. Michelet en esta obra, es sin duda una manera más que óptima de adentrarnos con otros ojos al mundo del imaginario, el conocimiento y la religiosidad del medievo. Siendo así, comencemos.

3. La obra y el autor. Una síntesis comentada

La obra que aquí se muestra pertenece, como hemos dicho en la introducción, a uno de los clásicos de la historiografía francesa, J. Michelet, aunque el público en general e incluso el humanístico lo conocerá sobre todo por sus estudios sobre la Revolución Franca, la Historia general de Francia y el siglo que le tocó vivir, el Siglo XIX. Por lo tanto, como francés nacido en 1798 y muerto en 1874, su vida, y sobre todo su obra, rezuman la cotidianeidad de su época, y del devenir histórico de su querida Francia. Pero una de sus obras

¹² Un clásico en el análisis de prácticas mágicas y paracientíficas como saberes protocientíficos, en concreto la alquimia, es el texto de M. Eliade, *Herreros y alquimistas*.

menos conocidas es *La Bruja*¹³, obra que no ha tenido excesiva relevancia en la historiografía al estar, por un lado, eclipsada por otras más conocidas como su voluminosa *Historia de Francia*, su *Historia del siglo XIX* y su *Historia de la Revolución*; obras que ya eran importantes en vida del propio autor, pues llegó a reeditarlas varias veces. Menos suerte parece que corrió *La Bruja*, más una novela-ensayo, de temática filosófico-antropológica, que una historia historiográfica al uso. Y es precisamente en ser este texto más un ensayo, una especie de novela, que enteramente un libro “historiográfico”, lo que lo dota de las herramientas para mostrar, de una manera más efectiva, una interpretación acerca de cómo entender la brujería en un contexto como el medieval, contexto que desde el Renacimiento se veía como oscuro, tétrico, demoníaco, supersticioso, y que con el romanticismo reaparece como lugar de humanismo, saber tradicional, folklore, y un largo etcétera de aspectos que interesaron mucho por ser formas alternativas a la razón ilustrada, también alternativas a un saber basado sólo en la supuesta fiabilidad y verdad de la que sólo la ciencia racional era portadora.

En dicha obra vemos, con un lenguaje muy ameno y atractivo, un estudio propio de historia de las mentalidades y de antropología social y cultural sobre el fenómeno de la brujería en época medieval. Y no sólo analiza, como bien reza el título, sobre “las supersticiones en la Edad Media”, sino que se atreve a analizar los componentes históricos del mismo, haciendo un recorrido de cómo se origina eso que llamamos magia y superstición con las tradiciones paganas de época antigua (sobre todo romanas y la de algunos pueblos “bárbaros” y prehistóricos como puedan ser los celtas), y cómo persisten en toda la Edad Moderna, cerrando el proceso en los años treinta del siglo XVIII.

Antes de continuar analizando y comentando los aspectos que considero más interesantes de la obra para el tema que nos atrae, me gustaría traer a colación que el propio autor definía esta obra, quizás por el miedo a ser tachada de poco científica ante la temática tratada, de esta manera:

“De cuantos libros he publicado, éste [*La Bruja*] es el que me parece más inatacable, porque nada tiene que ver con una crónica ligera o apasionada. En general es sencillamente el resultado de las *actas judiciales*. No sólo me refiero a los grandes procesos [...] sino también a múltiples hechos que ilustres predecesores han extraído de los archivos alemanes, ingleses, etc., y que yo he reproducido. También han constituido una fuente apreciable los *manuales de los inquisidores*. Cuando ellos mismos se acusan de tantas cosas, no queda más remedio que creerlos. En cuanto a la época legendaria

¹³ Michelet, J. (2009). *La bruja. Un estudio de las supersticiones en la Edad Media*. Madrid: Akal.

(los tiempos primeros) de la brujería, los numerosos textos de Grimm, Soldan, Wright, Maury, etc., me han procurado una base excelente. En cuanto a tiempos posteriores (de 1400 a 1600 y después) los fundamentos de mi libro son mucho más sólidos porque están extraídos de muchos procesos juzgados y publicados”¹⁴.

Como vemos, además de justificar la calidad de su trabajo, nos hace una “radiografía” de la documentación utilizada por el autor. Esto, al historiador, le facilita parte de la labor de crítica pues puede, casi antes de comenzar a meterse en la obra que estudia, reseña o investiga, saber cuáles son, al menos para el autor, las fuentes documentales en las que se inspira. Si bien no todo son bondades, pues hay que andar con cautela sobre la fiabilidad de unos procesos inquisitoriales que a menudo usaban de la tortura y la coacción (es decir, que extraían la verdad y los datos que el torturador quería obtener), así como del folklore popular transmitido, por ejemplo, en los cuentos de los Hermanos Grimm, no debemos poner en duda a priori las interpretaciones de J Michelet ante una temática como ésta.

Si comentamos la forma interna del texto, podemos decir que *La Bruja* se estructura en dos libros, más un estudio introductorio inicial (donde se incluye información de la edición actual sobre la cronología y bibliografía de J. Michelet y su obra, más la introducción y prefacio del mismo) y un apartado final con reflexiones, un epílogo, notas y aclaraciones. Dos libros que, grosso modo, dividen en dos la obra, siendo el primer libro dedicado al nacimiento de la brujería y su evolución medieval, y el segundo, su “fin”, ocupando cronológicamente los siglos renacentista, barroco y los tiempos inmediatamente anteriores al autor.

El primero de los libros se estructura a su vez en doce capítulos, y es la parte de la obra donde más cuestiones antropológicas e ideológicas se encuentran. Es precisamente la parte en la que intenta justificar (o al menos explicar las causas) de la brujería y las supersticiones que, transmitidas por la Edad Media, llegan al mundo moderno, y casi “contemporáneo” que le tocó vivir al autor. Es una parte en la que se narra cómo el propio mundo mágico y supersticioso que la Cristiandad intenta destruir en siglos posteriores a su fundación (sobre todo después de la adoptarse esta religión como la oficial en el Imperio Romano en el siglo IV) procede, precisamente, de la incapacidad del cristianismo primitivo de destruir por completo la religión y la religiosidad

¹⁴ Reproducción de la “Nota a la segunda edición” de esta obra, Ed. Lacroix, firmada por J. Michelet en 1 de diciembre de 1862. Se encuentra íntegra en la página 5 de la edición de *La bruja* que estamos usando. Las palabras en cursiva están así en la edición de la que se extrae el texto.

de época clásica. Los saberes precristianos estaban tan enraizados en las comunidades que, salvo por una supresión física de las propias comunidades humanas, era imposible la implantación rápida del cristianismo sin concesiones, por lo que muchas divinidades antiguas fueron asimiladas al Cristianismo en advocaciones marianas y santos, por poner unos ejemplos. Y las sabidurías, muchas, permanecieron casi sin contaminar, sobre todo en aquellos lugares como los rurales donde la ciencia y el cristianismo más ortodoxo tardó mucho en llegar o simplemente no llegó.

Explica el autor esto que acabamos de decir, pero con más bellas palabras. Trata de la mala integración que hubo entre los dioses antiguos a los que se les da muerte, los demonios y espíritus casi sin nombre que sobreviven, y cómo la mujer se convierte en heredera y transmisora de aquellas tradiciones de siempre, esa sabiduría de siempre (aprendidas de forma oral, de abuelas, a madres y a nietas). Analiza también muy bien el sustrato socioeconómico, así como el político, que hizo mantenerse y florecer esas viejas tradiciones que se conservaban en los recuerdos de las mujeres, y mucho menos en los hombres. Un sustrato donde la desesperanza, la servidumbre, la pobreza y las crisis religiosas eran tan fuertes, que se da un proceso de introspección, de búsqueda de soluciones a los problemas del día a día, y en las tradiciones y sabidurías de antaño se encuentran las respuestas.

En esa búsqueda, el mundo resonaba todavía de las leyendas que poco tiempo atrás inundaban aquellas tierras de Europa, y que hablaban de espíritus, demonios, duendecillos, y hasta dioses, que eran quizás más efectivos que santos y vírgenes, y que dotaban al ser humano de una serie de herramientas para facilitar su vida, hacerla más agradable, efectiva y productiva. Es necesario advertir que la religión (y también la magia), en cualquiera de sus formas, tiene una función cognitiva (por ejemplo, explicar aspectos desconocidos de la realidad como el origen y estructura del universo, la vida, la muerte, etc.), pero también tiene funciones emocionales y psicológicas pues proporciona alivio en momentos de necesidad, es vehículo para canalizar la desesperanza y las desilusiones del día a día, las miserias de la pobreza, la injusticia, etc. Este último aspecto hay que tenerlo muy presente pues, a tenor de lo que expone J. Michelet, estas funciones psicológicas de la religión (también de la magia y de la religiosidad), puede estar detrás del surgimiento o más bien de la revitalización de la religiosidad pagana en forma de brujería, unas formas que nunca fueron erradicadas del todo. Quizás ello se deba a que, como la religión, la sabiduría popular disponía de medios que encauzaban estas mismas necesidades de la mente y del alma.

Las mujeres, duchas en esas artes llamadas paganas, se encontraban frente a una Iglesia (y un mundo en general) que las recluía. Encontraron en

sus propias casas, en sus huertos, en sus quehaceres diarios, en el bosque, en el camino al río o al pozo, verdaderas armas con las que participar de forma activa en la sociedad, pero sin exponerse demasiado. Hay curanderas, parteras, sanadoras varias, pitonisas..., brujas a posteriori, que usan de las artes aprendidas y de las lecciones de las leyendas en provecho propio, granjeándose poco a poco tanto los respetos de aquellos a quienes proporcionaban alivio y esperanza (contra la salud, suerte en los negocios, amores deseados, establecer contacto con los difuntos, etc.), así como envidias entre los que veían a esas mujeres como elementos enturbiadores del aparente equilibrio de la Europa Cristiana.

Poco a poco, de los miedos producidos ante la sociedad por lo que se consideran que son dones usados por la bruja en beneficio propio y no para ayudar a los demás (quizás esas mujeres habían aprendido a sacar rentabilidad económica, social y política de sus servicios), aquellos a los que ella servía, recordemos, antiguos dioses, espíritus, duendes, etc., se convierten en demonios, y el demonio por excelencia en la Cristiandad es Satán, o lo que es lo mismo, la personificación de todos los dioses paganos del bosque, la naturaleza, la tierra y sus dones: Cernunos, Sátiros, Panes, Ninfas y demás deidades quedan fundidas, así como las prácticas de fertilidad y sacrificio a ellos asociadas, en un ser maléfico, con Cuernos y Tridente, que tiene en el ardiente y perverso Infierno su morada, y que es por antonomasia el alterego del Dios Celestial. Es este un proceso que podemos ver en la Historia de la Brujería de Frank Donovan (1985) el cual articula que, sobre la base religiosa precristiana, dominada por dioses cornudos y diosas madres (yo añadiría dioses/divinidades de los elementos, de las aguas, los bosques, etc.), se va creando una práctica religiosa-científica paralela a la cristiana, que en Donovan es la aparición de la bruja pagana y que evoluciona con la aparición del Diablo, la demonización de la práctica de la brujería y de sus practicantes, que llevan a la caza de brujas, fenómenos que en cierto momento se para (aumento de los saberes “científicos” y pérdida de la importancia de la superstición con fenómenos como el de la Ilustración), pero que perviven y resurge, como es hoy un ejemplo, en forma de culto y no solo como práctica. En esto último es curioso cómo las formas actuales de religiosidad¹⁵, como alternativa a la

¹⁵ Sirva de síntesis el texto de C. Ph. Kottak (2011: 315-341), para una visión general de la evolución de la religión, la magia, la religión en los momentos actuales de cambio y, especialmente, los sincretismos actuales como por ejemplo la recuperación de tradiciones anímicas y espirituales paganas, su elevación a religión y su relación con la brujería. Sin olvidar que el proceso del que nos habla Michelet en su texto es también el de sincretismo, es decir, combinación de diferentes rasgos culturales como los religiosos, los científicos y los mágicos, que surgen en procesos de aculturación, en momentos como la caída del Imperio Romano, la expansión del Cristianismo, las llamadas invasiones bárbaras y musulmana, y un largo etcétera.

religión más tradicional, se ven obligadas a recurrir a antiguas tradiciones mágicas y brujescas, en algunos casos de forma forzada, en otras para ir a la raíz de una religión y un saber científico primigenios que en textos como este de Michelet se ve de forma natural. Sigamos.

Es en estos momentos de la “historia” en los que J Michelet hace una especie de distinción entre aquella magia (entendida como capacidad de diálogo y uso de tradiciones, conocimientos y “seres” antiguos, tradicionales) antigua, buena y beneficiosa para la sociedad (saber empírico, “científico”), de aquella otra magia más demoníaca, satánica y usada en provecho de la sanadora (ahora bruja), que mediante posesiones y pactos de aquellos a los que sirve se ha convertido en una amenaza para la comunidad¹⁶. Es ahora, también, cuando a esta mujer se la aparta de la sociedad debido a la peligrosidad con la que la perciben sus congéneres, quedando relegada a vivir en las afueras del mundo civilizado, en concreto a los bosques (en otros sitios, se va a la montaña, a islas, al desierto o a pantanos). Allí, por un lado, se refleja la condición social que se tenía tanto a ella como de su arte (vivía en los bosques como los animales), pero además supo sacar esta bruja provecho de ese nuevo espacio, y por ello sobrevivió. Allí, mejor que en la ciudad, tenía mejor contacto con la naturaleza a la que servía, podía acceder a los recursos de ésta mejor que en espacios urbanos, y más importante aún, brindaba de “invisibilidad” a todos aquellos que, por enfermedad, por desconsuelo, por ansias de poder, etc., aún seguían requiriendo sus servicios. Estando apartada, por tanto, se alejaba de los detractores, pero también sus clientes acudían a ella en más intimidad, pues la consulta y relación con una de estas mujeres podría traer muchos problemas a aquellos que quisieran hacer una vida en normalidad, lejos de habladurías.

La bruja y su arte se critican y demonizan, por tanto, ante el público, pero se estiman y se buscan en la intimidad. La bruja tiene ahora más poder que nunca pues Satán, al que sirve, y que es el Príncipe de la Naturaleza (J. Michelet enlaza la figura de Satán con los propios dioses y divinidades paganas relacionados con la naturaleza, la vida y la muerte, y tomando la imagen de dioses casi zoomorfos como Pan, el dios con imagen de macho cabrío), y le dota a sus servidora de recursos sobre la naturaleza, el tiempo, la enfermedad,

¹⁶ No olvidemos que, técnicamente, los ahora pactos satánicos en poco o nada se difieren de los antiguos sacrificios animales y en las ofrendas que estos herederos de las tradiciones antiguas hacían a dioses que casi ni recuerdan el nombre, o a seres más o menos identificados con la naturaleza, y que siguen haciéndolo más que nada por que desde siempre se ha hecho así. En esos momentos, con un Cristianismo más potente, los antiguos sacrificios y ofrendas que eran la base también de las misas cristianas, se convierten en abominables pactos y aquelarres satánicos donde se sacrifican niños, se hacen orgías (recuerdo de las dionisiacas y ancestrales cultos a la fertilidad), etc.

la vida..., y la muerte, aspecto este último para el que recurrían muchos clientes.

La bruja es, más que nunca, tanto temida como envidiada. Son las únicas mujeres por ejemplo que, de forma tradicional, mantienen viva la medicina natural frente a un mundo cada vez más lleno de físicos, médicos, boticarios, sangradores y barberos, profesiones en general de hombres (durante mucho tiempo judíos o musulmanes). La bruja, en medicina, daba servicio a todos aquellos que, por falta de recursos, por ejemplo, no podían costearse los honorarios de estos profesionales, sobre todo, de los médicos. Pero esta bruja en sus labores no está del todo sola. Junto a sus “satanes”, espíritus y fuerzas a los que adora, se reúnen con ella otros seres humanos (hombres y mujeres) mediante aquelarres y misas “negras”, creando una especie de religiosidad paralela a la cristiana, o más bien, devolviendo al mundo las tradiciones antiguas, pero que no hemos de identificar con paganismo pues, a estas alturas de la Historia, estas prácticas que recuerdan los modos antiguos no son siquiera las religiones de antaño sino otra cosa muy distinta.

En el segundo de los libros, J. Michelet habla del fin de esta “Edad Dorada” de la brujería. La Iglesia consigue, más que nunca, unir sus fuerzas contra estas mujeres, estas brujas, que tanto poder ostentaban (sobre todo a nivel ideológico). Es ahora cuando la Iglesia, con ayuda de la sociedad, condena de forma más tajante que nunca a estas “despreciables” mujeres. Un claro ejemplo es el *Malleus Maleficarum*, obra alemana del siglo XV de H. Kramer y J. Sprenger, que no refleja sino, como bien aparece en la obra, la verdad de que Satán es el verdadero dueño del mundo, poder que la Iglesia quiere arrebatar. Este libro, también llamado el Martillo de las Brujas fue el más usado hasta el siglo XVII por los religiosos, exorcistas y demonólogos de la Iglesia a la hora de vencer al Maligno, y cazar a sus hijos y esposas. Y una síntesis bastante general e ilustrativa del fenómeno de las “cazas de brujas” y del aludido *Malleus Maleficarum*, lo supone el texto de Franco Cardini (1982: 86-107).

Esta segunda parte de *La Bruja* es la más “histórica” de los dos pues si el primero de los libros era más de índole antropológico-filosófica, narración de los orígenes, esta segunda está más “documentada” en fechas, hechos y personas concretas. Habla, entre otros casos, de las brujas vascas de 1609¹⁷, de personajes, muchos eclesiásticos, a los que se acusa de brujería, y de cómo Satán y todo lo que representa, continúa triunfando infiltrándose en la

¹⁷ Para más información al respecto: Ramelle Gómara y Azurmendi Inchausti (2010), Dueso (2010), Fernández Nieto (1989) o Bordes (2006).

sociedad, en la Iglesia, e inundarlo todo con él. Es una parte también que cuenta con más información documental que pudo estar a mano de J. Michelet como la documentación generada por la Inquisición y de la que J. Michelet declara haber consultado para elaborar este libro.

Pero sin duda, más que esta última parte, que narra poco a poco el vencimiento de la brujería por manos de la Iglesia y la Razón, la que más nos interesa para el conocimiento de las supersticiones medievales es la primera, ya que por temática y cronología trata más de lleno la Historia de la Superstición Medieval. Y de esta última parte, hemos de considerar el triunfo de la religiosidad medieval en los siglos inmediatamente posteriores al medievo.

Invita el autor a analizar el fenómeno de la brujería (nos centraremos aquí en brujería la medieval y sus causas), con otros ojos. Con el recorrido por los sentimientos desde la Antigüedad hasta la Edad Media, J. Michelet consigue efectivamente exponer razones, no sólo políticas y económico-sociales, sino también antropológicas y filosóficas, para explicar tanto el origen de la brujería, como su larga pervivencia. Con una rica prosa, un lenguaje agradable, y un cuidadoso gusto, J. Michelet consigue hasta que el lector tenga cierta lástima por esas mujeres cuyo único delito era darle a la sociedad aquello que quería, y que la propia sociedad negaba. Las brujas, como tales, daban medicinas en un mundo en el que éstas eran poco accesibles. A las brujas se las condenó por ejercer la medicina popular y otros muchos saberes tradicionales como la interpretación de los signos de la naturaleza o medios antiquísimos para favorecer la fecundidad de la tierra, las mujeres, la protección ante lo malo, etc.

Hicieron, de ello rezuma el texto de J. Michelet, las más de las veces de psicólogas y terapeutas en un mundo donde sólo la Iglesia ofertaba soluciones éticas y psicológicas, con el coste de asumir su poder y control. A las brujas se las condenó también por dar consuelo, ánimo, esperanza y fuerza a una sociedad que se marchitaba ante la falta de soluciones reales a sus problemas reales. La salvación de la vida celestial no era concebible en una sociedad donde la mayoría no encontraba la solución a sus problemas cotidianos. De qué servía la esperanza de una salvación ultraterrena cuando era poco probable si quiera vivir más allá de la próxima puesta del sol, o quizás en esa incertidumbre, como bien sabemos, encontró el saber oficial medios y cauces para asentarse y expandirse. Y eran las brujas las que ayudaban a desentrañar los secretos del destino, a proteger a la sociedad de sus miedos y temores, a encontrar la suerte cuando se había perdido, a hacer la tierra fértil tras un cataclismo, a curar al ganado, a predecir el tiempo, a encontrar marido, a curar la impotencia... Eran éstos, y nos los paraísos o infiernos supra e infraterrenos, las principales preocupaciones de la gente corriente en su día a

día, y sólo las brujas, como antes de ellas sus abuelas, ponían remedio, o al menos, simulaban remediar, y todos somos concededores de cuán benéficos son, para el ánimo y la salud, la esperanza de un mañana mejor, esperanza que la Iglesia solo vinculaba a un mañana muy lejano, el Juicio Final, y antes de ese momento, eran muchos los problemas ante los que buscar solución.

En fin, J. Michelet consigue que entendamos la brujería, y a las mujeres que la practicaban, como una forma fantástica de reminiscencia de la tradición y la medicina tradicional, de siempre, aquella que conectaba con el corazón de las personas que las generaron (y que nunca la Iglesia pudo destruir). Un saber a caballo entre la religión, la mitología y la ciencia; un trabajo entre la labor del médico, el sacerdote y el psicólogo.

4. Consideraciones finales

“Hay que hablar de la herejía de las brujas y no de los brujos porque estos cuentan poco”, “Por un brujo hay diez mil brujas”, “La Naturaleza las ha hecho hechiceras”, etc., son afirmaciones que J. Michelet pone en su Introducción (J. Michelet, 2009: 29), para hablar de una “religión fuerte y viva, como lo fue el paganismo griego, que empieza con la Sibila y termina con la Bruja” (Michelet, 2009: 30). Reiteramos aquí tópicos de la brujería, como el ser cosa de mujeres o mera expresión popular de la religión pagana, aspectos estos que si bien se encuentran en la obra que aludimos de J. Michelet, han de tener más de una lectura pues, también admite que la Naturaleza las ha hecho hechiceras, las ha obligado a originar y mantener esa tradición, por lo que ha de ser, ciertamente, un fenómeno que vaya más allá del universo femenino y de la religiosidad.

Hemos visto que, en la interpretación de J. Michelet sobre la brujería y las supersticiones en el Medievo, priman los elementos de las religiones paganas, en las mujeres, y que permanecieron fuera de la oficialidad, e incluso perseguidas, por una cada vez más fuerte Iglesia, pero ello no justifica, como decíamos, que fueran cosas de mujeres llenas de religión antigua. Las brujas no fueron sacerdotisas fanáticas ni de velos caídos, fueron simplemente mujeres que mantuvieron viva una tradición, un saber, que venía de antiguo, transmitido en su mayoría de historias y conocimientos orales de generación en generación, y que tenían en los mitos y leyendas más o menos religiosos un vehículo de transmisión y representación, pero no un universo religioso. La religión es algo más de lo que sabemos de la brujería, y es necesario separarlas por muchos elementos que compartan como ciertos ritos, celebración de asambleas, invocaciones a dioses y espíritus naturales, etc. Sigo interpretando

que el fenómeno de la brujería, como bien transmite J. Michelet, es complejo, y que excede estas fronteras para convertirse, simplemente, en un saber alternativo, más antiguo, más popular, un saber de siempre que se ve fácilmente influido, por su permeabilidad, de aspectos religiosos, sociales y folklóricos que le dan forma, una estética, un vocabulario, y no tanto un contenido. Es el contenido de ese saber, y no la forma que reviste, lo que debemos llamar brujería. De lo contrario caeremos en ver en este fenómeno, efectivamente, cosas de mujeres histéricas, incultas y pueblerinas, adoradoras de espíritus invisibles y repetidoras de infructíferas prácticas, ritos y cánticos.

No se nos ha de olvidar que salvo la profesión de comadrona, a las mujeres les estaba vedado un “científico”. Ni en la Iglesia, como monjas, tenían toda la libertad de acceso y difusión del placer, por el hecho doble de ser mujeres, más proclives a no saber discernir las maldades demoníacas, y religiosas. Las mujeres que por tradición y enseñanza familiar sabían de remedios naturales, de predicción del clima, o lo que es peor, se introducción en los saberes gremiales de los hombres, eran tildadas de brujas, más por ser sabias que por pactar con entidades sobrenaturales. Fruto de ese rechazo, a más conforme el poder eclesiástico avanzaba, estas “brujas” se radicalizaron, haciéndose aún más recelosas de sus conocimientos, fomentando la visión de misterio que las ve haciendo rituales en la intimidad, o con un grupo de partidarios. La Naturaleza las hizo hechiceras, dice J. Michelet, pero podemos añadir que la sociedad las hizo como son, por negar el acceso y práctica de una serie de conocimientos, y segundo, y quizás más importante, por mantener un doble rasero de repudiarlas por prostitutas, satánicas y querer cobrar por servicios realizados con prácticas extraoficiales, y por otro por perseguirlas, sean en el pueblo, el desierto o el bosque, para que les proporcionaran remedios abortivos, estimulantes sexuales, drogas para el dolor o simplemente el consuelo de un diálogo con los muertos enterrados, protección contra un duendecillo travieso o plaga, o para hacer fértiles los campos yermos.

5. Bibliografía citada y utilizada

Blázquez Miguel, J. (1989). *Eros y Tánatos: brujería, hechicería y superstición en España*. Toledo: Arcano.

Bordes, F. (2006). *Brujos y brujas: procesos de brujería en Gascuña y País Vasco*. Madrid: Jaguar.

Cardini, F. (1982). *Magia, brujería y superstición en el occidente medieval*. Barcelona: Península.

- Cardini, F., *et alii* (1995). *El hombre medieval*. Madrid: Alianza.
- Caro Baroja, J. (1996). *Inquisición, brujería y criptojudasmo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Donovan, F. (1985). *Historia de la brujería*. Madrid: Alianza.
- Dueso, J. (2010). *Historia y leyenda de las brujas de Zugarramurdi*. De los akelarres navarros a las hogueras riojanas. Donostia-San Sebastián: Editorial Txertoa.
- Elíade, M. (1977). *Ocultismo, brujería y modas culturales*. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
- Elíade, M. (1983). *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza.
- Fernández Nieto, M. (1989). *Proceso a la brujería: en torno al Auto de Fe de los brujos de Zugarramundi, Logroño, 1610*. Madrid: Tecnos.
- Fossier, R. (2008). *Gente de la Edad Media*. Madrid: Taurus.
- Gluckman, M., Douglas, M. y Horton, R. (1991). *Ciencia y brujería*. Barcelona: Anagrama.
- Kottak, C. Ph. (2011). *Antropología cultural*. Nueva York: Mc GrawHill.
- Le Goff, J. (2002). *La civilización del occidente medieval*. Barcelona: Paidós.
- Michelet, J. (2009). *La bruja. Un estudio de las supersticiones en la Edad Media*. Madrid: Akal.
- Murray, M. A. (1978). *El culto a la brujería en Europa Occidental*. Barcelona: Labor.
- Pérez, J. (2010). *Historia de la brujería en España*. Madrid: Espasa, D. L.
- Ramele Gómara, E., y Azurmendi Inchausti, M. (eds.) (2010). *Inquisición y brujería: el auto de fe de Logroño de 1610*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Solís, C., y Sellés, M. (2009). *Historia de la ciencia*. Madrid: Espasa-Calpe.

Recibido: 31 de maio de 2013

Aprovado: 14 de julho de 2013